

www.loqueleo.com/co

Rompecabezas

© Del texto: 2013, María Fernanda Maquieira

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá - Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

· Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-29-2 Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición: octubre de 2013

Primera edición en Loqueleo Colombia: abril de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: febrero de 2020

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Rompecabezas

María Fernanda Maquieira



loqueleo



Las palabras se disfrazan de un solo golpe, y en un abrir y cerrar de ojos quedan envueltas en combates, escenas amorosas o trifulcas. Así escriben los niños sus textos, pero también los leen así.

Walter Benjamin



Señoritas

A Andrea le vino. Así nos lo dijo la mañana del primer día de clases, no bien llegó a la escuela, en el patio, antes del timbre de la entrada:

- —Me vino.
- —¿Qué cosa? —preguntó Gabi, que es medio despistada.
- —Qué va a ser, nena —le contestó Andrea con aires de princesa ofendida—. Este año cumplo doce, y bueno, eso. Que soy señorita.
- —Ah —replicó Gabi, distraída, en su planeta lejano.
- —Contanos ya —dijo Anita, con la voz un poco contenta y un poco triste—. Ahora, todo va a ser diferente —anunció categórica como ella hace siempre con las cosas solemnes.

Andrea nos miró con cierto gesto de lástima, como si fuéramos sus hermanas menores aunque seamos Mejores Amigas Para Siempre: a mí, que soy medio pulga, bajita y lisa como una tabla; a

Gabi, que no sé si entendía algo de lo que estábamos hablando; a Anita, que esperaba expectante el relato completo del asunto, y muere por usar corpiño. Y nos hizo un gesto como para que la siguiéramos a Siberia.

—Mora, vos controlá que no venga ninguna maestra —me pidió Andrea, porque sabe que yo tengo una vista espectacular para detectar el peligro.

Nos sentamos desordenadamente, con risitas nerviosas, en los escalones de Siberia. Así les decimos a unas viejas gradas que están en cierto sector de la escuela, en el extremo más alejado del patio, y que no se caracteriza por su clima agradable. Allí, donde parece que se cruzan todos los vientos, y "el diablo perdió el poncho", como dice Gonza, el maestro de Música, cuando nos toca practicar con el coro en esas gradas. Nosotras creamos desde Primero el grupo de "Las Chicas de Siberia", y nos seguimos llamando así, aunque ahora seamos bastante mayores. Ese es nuestro lugar favorito, donde nadie nos molesta, para charlar, cantar o contar sueños, que es lo que hacemos las chicas en los recreos, además de armar coreografías. O ir al kiosco. También nos gusta escribir o dibujar cada una en su L.A.I. (Libreta de Asuntos Importantes), que

15

es como un diario íntimo, pero con la diferencia de que se suele mostrar y compartir a las amigas, incluso se puede prestar. En las L.A.I. anotamos listas, cuestionarios, *preguntas-tutti-verdad*, deseos, sueños y otros Asuntos Muy Importantes. Este año les pusimos nombre, para que sea más secreto y los demás no entiendan. Se llaman así: Libreta Ananá (la de Anita). Libreta Androide (la de Andrea). Libreta Gaviota (la de Gabi). Libreta Morada (la mía, que me llamo Mora).

Cuando éramos más chicas, nos gustaba saltar a la soga, jugar al elástico, a la brujita de los colores y al martín pescador. En cambio, los varones son menos variados: a toda edad, figuritas, poliladron o fútbol. También comer. Y empujarse.

De modo que esa era una mañana soleada de comienzos de clase, y necesitábamos escuchar tranquilas lo que Andrea tenía para contarnos.

Yo había llevado Capullos en Flor, que es un maíz inflado, crocante y dulce. Según Oma, "una porquería que no alimenta nada, mejor comerse una fruta" (para Oma todo tiene que tener un sentido práctico, no puede ser rico y punto).

Puse la bolsa de los capullitos en el centro para que todas se agarraran un puñado. Francamente, esa información nos daba un poco de ansiedad, y un hambre repentino.

En diez minutos, conocimos todos los misterios de la vida femenina en una síntesis feroz. Luego íbamos a completar nuestra instrucción con un libro sobre el cuerpo humano que encontramos, por azar, una tarde de invierno, en el cajón secreto del aparador de Oma, y aunque estaba en alemán, las ilustraciones eran bastante claras.

16

A mí me impresionó un poco el detalle, pero no dije nada. Anita, con la boca llena de Capullos en Flor, le dio un abrazo a Andrea, y la felicitó como si se hubiese ganado el primer premio de Señorita Belleza o sacado una buena calificación en Geometría. Gabi, en la luna como siempre, nos avisó que estaban tocando el timbre de entrada.

Entonces, Andrea se levantó, lentamente, sacó de su bolso una toallita de esas de las publicidades, y caminó hacia el baño.

Ustedes vayan a la formación. Yo ya vuelvo
dijo la princesa mayor. Y nos dejó, llevándose su halo misterioso.

Nosotras la miramos hacer, desde Siberia, como doncellas que no fueron invitadas a la fiesta.

Lado B

El aula de Sexto está organizada así: puerta de entrada (que da al patio), fila 1, fila 2, pasillo central, fila 1, fila 2, ventana a la calle Salsipuedes.

Por cierto, no es una calle verdadera, sino una pequeña cuadra sin salida, frente a la fábrica abandonada. A los alumnos de la Ocho nunca nos dejan andar por ahí porque dicen que es peligroso.

Oma dice que en la Salsipuedes hay un loco que les muestra sus partes íntimas a las chicas que pasan. Y que en la fábrica abandonada parece que descubrieron fantasmas el invierno pasado. Pero a veces se le olvidan esas explicaciones y comenta que allí hay un paredón lleno de agujeros de cuando los fusilamientos, de la noche en que bajaron gente de un camión y los liquidaron a todos... Yo le pregunto:

—¿Qué fusilamientos, Oma? ¿A quiénes llevaban en el camión?

Y ella me responde:

—Nada, nada, eso fue hace mucho tiempo. No pases nunca por la Salsipuedes y listo.

A Anita le contaron que a la siesta las gitanas van por ahí y se roban a los chicos que andan solos. Y que luego los abren y les sacan los órganos para venderlos. Yo sé que Tiki Tiki y los pibes del Fortín (los que viven del otro lado del muro) juegan al fútbol en la Salsipuedes, porque no los interrumpe ningún coche. Y jamás les pasó nada malo. Mucho no creemos todas esas historias que cuentan, pero por las dudas no nos acercamos a la cortada y entramos siempre a la escuela por la calle Ochoa.

El pasillo central del aula de Sexto es como el meridiano de Greenwich, que divide Oriente de Occidente.

En las filas 1 y 2 lado A (patio) van los Chetos. En las filas 1 y 2 lado B (ventana) se ubican los Stones. Eso lo decidió Tiki Tiki, el más capo del Fortín, porque a él le gusta que todo esté, como dice Oma, en su medida y armoniosamente (en eso es muy organizado):

—Sos romántico o heavy, blanco o groncho, cheto o stone, patriota o cipayo —explicó el segundo día de clases, no más entrar, ante el pedido de la Pepa de que ocupáramos nuestros lugares.

Todos hicieron caso, aunque la mayoría no tie-

ne idea de meridianos ni paralelos y mucho menos de la división de clases, pero sí de los golpes de Tiki Tiki cuando alguien lo desobedece, y se fueron sentando por orden de aparición, como en los créditos de una película. La bandita del Fortín, que lo sigue sin chistar, se ubicó al fondo, del lado Stone, porque a ellos nos les gusta participar mucho de las clases, y ahí nadie les presta atención. El resto se fue acomodando dócilmente, ante la mirada atenta de Tiki Tiki.

Yo prefiero el lado B, pero no porque me identifique tanto con uno u otro grupo, sino porque me encanta mirar a las palomas que se acurrucan en el borde de la ventana, esperar su llegada e imaginarme diálogos entre ellas. Yo sé que las palomas hablan en un lenguaje propio, diferente al de los humanos, y juego a traducir sus conversaciones en mi cabeza.

Palomita Blanca dice que en la plaza del centro hay poca gente y el maíz escasea. Palomita Ala Despintada relata su aventura en el parque de diversiones, y del día en que se quedó encerrada en el tren fantasma.

La conversación de las palomas sigue en mi voz de adentro, hasta que Anita me da un codazo o la Pepa me pregunta si ya resolví las cuentas de di-

vidir que hace media hora estoy haciendo, y yo le digo que un minuto más y termino. A mí no se me dan tan bien las Matemáticas; soy de pensamiento lento, como dice Oma, así como hay otra gente de digestión lenta (como ella, digo yo). Pero es que a mí me entretiene mucho más imaginar las historias de las palomas, mirar las formas que hacen las nubes en el cielo o ver la gente que pasa, eso me gusta. Tengo mucho mundo interior, eso me dice siempre Oma cuando me habla y me quedo colgada. Yo siento que hay como un cajón secreto y muy hondo donde habitan algunos personajes con sus relatos y sus voces, pero también los silencios y las pesadillas que aparecen de noche.

Desde el comienzo de la primaria me siento en el primer banco al lado de Anita, detrás de nosotras están Andrea y Gabi: las cuatro somos "Las Chicas de Siberia" y BFF (Mejores Amigas Para Siempre) desde que estábamos en Primero. Siempre nos reconocen por los cuatro colores de nuestros cabellos: Ana, rubio clarísimo; Gabi, marrón castaño; Andrea, negro noche; y yo, rojo furioso. Luego se ubican Gustavo y Pablo, que andan juntos todo el tiempo y son del grupo de mi primo Juan, que está en Séptimo. Siguen Laura y Francisco (ni frío ni caliente); luego Diego, el chico deportista,

y Santiago Tonelli, el campeón de las mentiras o, como lo llama la Pepa, "el niño bolacero", por su exceso de imaginación. Más al fondo, Goiti, un chico bajito que viene de la villa La Trochita, baila como los dioses, pero duerme la clase entera, el Gurí le dicen, y el gordo Lolo, el hijo de la maestra de Segundo, que esconde los sánguches de salame debajo del pupitre, y mastica cuando la Pepa no se da cuenta, que es casi todo el día. Al final, Tiki Tiki y la bandita del Fortín (de estos se cuentan cosas bastante rudas que no me atrevo a mencionar, y merecerían un capítulo aparte).

Del lado A están las Chicas Fantasma, son cuatro que van pegadas a todas partes, y lucen casi idénticas, con largos cabellos negros, pálidas, una misma forma de hablar, vestirse, acomodarse el flequillo, hasta confundimos sus nombres (Maru, María, Marisa, Mariana, algo así). Cuando una se levanta, las otras tres hacen lo mismo y van detrás de la primera; apenas hablan, se comunican por gestos y monosílabos, y sonríen con unos dientes filositos cuando algo es de su agrado. Son bastante antipáticas, pero tienen las mejores figuritas de brillantina y felpa que se puedan ver en toda la Ocho. Luego se ubican los mellizos Robles, los hijos del jefe de policía, que siempre están jugan-

do campeonato de pedos, a ver quién lanza el más ruidoso. La Pepa cree que el olor viene de afuera, de la fábrica abandonada de la calle Salsipuedes, y manda cerrar las ventanas (y eso es peor porque los pedos se quedan atrapados en el aula, lo que es muy nocivo para el sistema respiratorio humano), pero nosotros sabemos que son los mellizos Robles, que se ríen disimuladamente de su gaseosa gracia. Más atrás, se sienta sola Martita Limárquez, que es el retrato vivo de Etelvina, la chica petulante de la telenovela que está de moda: rubia, perfecta y malísima, "muy finoli", dice Oma. Todas las mañanas su padre la trae a la Ocho en un auto supernave dorado, y luego la mucama la viene a buscar a la salida, algo poco usual en esta escuela. Siguen dos asientos libres. Luego, el Rulo y Javi Cohen, los mejores en hacer cuentas y tocar música. Más atrás están Sara y Vivi (las lindas de los cuadernos impecables). Este año falta Ignacio Sosa, nadie sabe si se fue del barrio o si repitió Quinto y lo cambiaron de escuela. Y también Alicia Monteverde, que se murió en Navidad. Yo lo sé porque ese día estaba por cruzar la avenida con Oma, y justo salía el auto negro de la cochería del Tano Bruni, y detrás una fila de gente. Entonces vi que en la ventanilla trasera del coche, cubierta



con unas pequeñas cortinas de color violeta oscuro, ponía Alicia Monteverde Q.E.P.D. Y le dije "Oma, ¿qué hace ahí Alicia?", y me contestó "Pobre Alicita", con ese ademán que ella hace cuando no sabe qué responder. Y después me dijo mi primo Juan, que está en Séptimo, que Alicia Monteverde se había muerto.

Pero la Pepa ni los nombró, ni a Nacho ni a Alicia Monteverde. "Así que este año son veintisiete", había dicho, luego de pasar lista, el primer día de clases, y cerró el libro y no se habló más del tema. Pero ahora hay dos asientos vacíos, en medio del lado A, que recuerdan las huellas de los ausentes, sus marcas personales en los pupitres (una letra A dentro de un corazón dibujado, "Nacho capo" tallado en la madera, o una hoja de carpeta del año pasado con la letra de ellos olvidada por ahí).

Luego de eso, la Pepa nos dio esa ficha en la que hay que completar algunos datos personales, poner los nombres y firmas de Padre, Madre, Tutor o Encargado.

Yo soy la única en la clase que no tiene Padre ni Madre; Oma vendría a ser mi Tutor o Encargado. Cada vez que la entrego firmada por ella, todos los años desde Primer grado, me pasa lo mismo: la maestra de turno me mira con cara de pobrecita. Como si la ausencia de Padre y Madre fuera una mancha con tinta indeleble, una especie de daño irreparable, un rompecabezas al que le faltaran las piezas.



ASUNTO: VERBOS EN INFINITIVO

Los más

Cocinar tarta de manzanas.

Hablar por teléfono con las chicas.

Dormir en invierno (hibernar como las tortugas).

Leer, leer y leer en la casita del árbol.

Mirar pelis antiguas de Buster Keaton.

Escribir en mi diario.

Bailar descalza.

Observar a las palomas.

Saltar a la soga.

Acariciar la panza a mi gata Lola.

Guardar cositas en el cajón secreto.

Disfrazarme con la ropa de cuando





Trabajo práctico

—Niños: hoy van a conocer el laboratorio —anunció una mañana la Pepa—. Están en Sexto, ya son mayores y es momento de ir, venga chavales, que hay que subir a la primera planta.

Siempre que la Pepa nos quiere decir algo importante, lo hace con un tono español, porque ella es nacida y criada en la Madre Patria y, aunque vive acá desde hace cuarenta años, no se le quita el acento. Nosotros la entendemos igualmente, pero nos revienta que nos diga "niños" como si fuéramos criaturas. Falta que nos llame "blancas palomitas" (puaj) y cartón lleno.

El laboratorio está en el primer piso, que es el segundo lugar prohibido después de la calle Salsipuedes.

En la planta baja de la Ocho está el patio, todas las aulas de primaria y los baños de los alumnos.

En el primer piso, se encuentran: el cuarto de Sigfrido, el portero sin un ojo; la mapoteca, que es

el lugar donde se guardan los mapas, la colección de banderas de todos los países del mundo y otras cosas inútiles; pasando está la sala de maestros con su propio baño; la biblioteca, atendida por una señora medio verdosa "en tareas pasivas", dicen (que es cuando a las maestras se les va la paciencia para dar clase o están en edad de jubilarse), que no te deja hablar ni tocar nada, casi ni te deja leer, no sabemos para qué maneja la biblioteca; y al final del pasillo, el curioso laboratorio de ciencias de la señora Marga.

Nunca nos dejan andar por ahí; solo podemos subir al primer piso exclusivamente cuando la maestra nos encarga algún recado, como buscar un mapa, devolver un libro o entregar un papel a algún otro maestro, y luego hay que regresar rápidamente. Para cualquier otra cosa está absolutamente prohibido subir y, si te encuentran en ese piso sin un justificativo, el castigo es terrible.

En la Ocho hay una lista de diez castigos que solo saben los chicos de Séptimo; nosotros conocemos unos pocos. Cuando les preguntás por eso, ellos te miran con cara de horror y te dicen que mejor ni quieras enterarte. Los cuatro castigos mínimos son: encerrarte toda la mañana en el laboratorio con el esqueleto y las arañas, mandarte a

archivar las enciclopedias antiguas de la biblioteca, limpiar la mapoteca o quedarte todo un recreo en la Dirección con la señora Chapeaux (señora Shapó hay que pronunciar; señora Sombreros, la apodamos los chicos).

Nadie está interesado en investigar cuáles son los otros seis, ni siquiera Tiki Tiki, que se jacta de que en la casa su papá tiene una culebra viva, y que una vez le mordió la mano, por eso tiene una cicatriz ahí. Ni los pibes del Fortín, que vienen desde el otro lado del muro y son ciertamente temibles. Ya esos cuatro castigos son suficientes como para mantenerte alejado del primer piso. Cuenta la leyenda que un chico de la década de los sesenta osó subir a la mapoteca en un recreo, se escondió detrás del continente asiático, y pasó allí la mañana entera para ratearse de un examen, hasta que Sigfrido lo descubrió, enredado en unas telarañas gigantes, cuando ya los alumnos se habían retirado a sus casas. Cuenta la leyenda que el niño de la década de los sesenta recibió cinco de los diez castigos juntos, y desde entonces enmudeció para siempre. Algunos circulan el rumor de que se convirtió en fantasma y vive en un armario de la mapoteca; que lo han visto deambular por algunas aulas y por la fábrica abandonada de la Salsipuedes. Pero tal vez

sean solo especulaciones de los de Séptimo para aterrorizar al resto.

Mientras la Pepa hablaba, me quedé mirando por la ventana, y me distraje con las palomas que llegaban a picotear en la ventana. Como siempre, imaginaba voces y conversaciones: Palomita Blanca decía que pronto se iría para el Norte, donde el mar es azul oscuro y hay muchos puentes altísimos. Palomita Pata Rota se quejaba porque los pichones tenían hambre, y qué difícil estaba conseguir comida estos días. De pronto Palomita Joven llegó agitada y explicó que en la plaza del centro había mucha gente con banderas, gritando y cantando, que pedían "Pan y trabajo", y que alguien fue muerto allí y todo era muy confuso...

—La señora Marga les va a enseñar la disección de la rana —continuaba explicando la Pepa—. Vale, vale, niños, a entrar calladitos, que, si se comportan bien, les va a dejar que lo hagan ustedes mismos.

Nadie sabía muy bien qué era aquello de la disección, así que salimos ruidosamente, cuchicheando como pequeñas urracas. Las Chicas de Siberia nos tomamos del brazo, mientras subíamos las enormes escaleras. Llevábamos por las dudas nuestras L.A.I.

Anita nos convidó Gotitas de Amor para ir masticando en el camino al laboratorio.

- —Creo que me gusta el Colo —dijo de repente Andrea, en medio del escalón número quince, revoleando su cabello oscuro, lacio y brillante como de propaganda de shampoo.
 - —¿El de Séptimo? —gritó Anita.
- —Shhhh —la reprendió la Pepa, que iba detrás, resoplando por el esfuerzo de la subida. Ella no es muy atlética, el trasero y la torre de cuadernos que suele llevar siempre le pesan demasiado.
 - —¿El de Séptimo? —repetimos a coro.
- —Ayer yo estaba en el recreo largo, comprando en el kiosco, y él andaba por ahí hablando con Juan —continuó Andrea, refiriéndose a mi primo. Ya habíamos alcanzado la totalidad de los escalones, e ingresábamos en el largo pasillo—. Entonces se me acercaron los dos, y me preguntaron si iba a ir a la fiesta del club el sábado. Primero el Colo me miró y me dijo: "Ey, amiga, ¿vos sos la hermana de Dani?". Yo le dije que sí. Entonces Juan me preguntó: "¿Y vas a ir a la fiesta de El Bochín?". Yo les contesté que no sabía si me iban a dejar, entonces el Colo me dijo que si le daba mi teléfono y si me podía llamar para preguntarme, porque ellos iban a ir a ver qué onda esa fiesta.

- —¡¿Y se lo diste?! —volvió a gritar Anita, emocionada.
- —Shhhh, niña —se detuvo para llamarle otra vez la atención la Pepa. Ya estábamos llegando a la puerta del laboratorio. La señora Marga nos esperaba con impaciencia.
- —No —finalizó Andrea su relato—, pero le dije que le contestaría mañana. Ahhh, chicas, ¿no es hermoso?

34

Entramos al laboratorio, encantadas con la historia de Andrea y el Colo: era tan romántica...

El lugar es un salón amplio, con paredes abarrotadas de muebles antiguos, plantas carnívoras y animales embalsamados. En el rincón más alejado se deja ver el Famoso Esqueleto. Luce un poco envejecido, como si hubiese pertenecido a la escuela de Tutankhamon, igual que la señora Marga, que con sus anteojos culo de botella se asemeja bastante a los sapos que reposan en frascos de formol.

Vitrinas con mariposas disecadas, estanterías con recipientes llenos de extraños líquidos, cajones de madera, pipetas y pilas de libros amarillentos completan el ambiente.

Aquella mañana, la única ventana permanecía

cerrada, por lo que la escasa luz le daba al salón una apariencia lúgubre y fría.

Nos ubicamos todos, de pie, alrededor de una gran mesa de madera oscura.

En el centro, unas bonitas ranas bailaban en la pecera.

La señora Marga nos dio una larga explicación sobre los vertebrados e invertebrados, sobre la respiración de los anfibios, y no sé qué otras cosas que no comprendí o me distraje con el Famoso Esqueleto. Sentía que nos miraba, como si estuviésemos molestando su lograda quietud.

Luego, la señora Marga repartió unos frascos de vidrio y algodones embebidos en un líquido de olor fuerte y picante.

Mientras hacía esto, seguía su explicación, pero nosotros estábamos un poco distraídos; es que salimos poco del aula, y nos cuesta movernos en otro ambiente. Así que nos pidió varias veces que dejáramos de hacer bullicio y nos quedáramos quietos. Dijo que la Ciencia, que es el pilar de la Humanidad Toda, necesita de silencio y concentración.

Las Ranas Bailarinas no parecían hacerle el menor caso, o tal vez no estuviesen tan comprometidas con los avatares de la Humanidad Toda; continuaban con sus saltos adentro de la pecera.

Tiki Tiki, al que tampoco le importa un pimiento la experimentación científica, les golpeaba el vidrio con los nudillos, y eso precisamente las hacía moverse más frenéticamente. Se veían bastante divertidos (Tiki Tiki y las ranas).

La Pepa lo miró varias veces.

36

—Joder con el chaval inquieto —murmuró, fastidiada.

Pero eso no los amedrentaba, ni a Tiki Tiki ni a las ranas, pues, apenas la Pepa se daba vuelta para conversar con la señora Marga, volvían con su jueguito, secundados por las risotadas de la bandita del Fortín.

- —¿A ver quién quiere hacer la disección? —dijo por fin la señora Marga.
- —Yo, yo, yo, yo, —respondimos varios candidatos, agitando las manos para ser elegidos.
- —Bueno, bueno —dijo la Pepa—, que vengan los mellizos Robles y el niño Castillo, que parece tan interesado.

Todos nos dimos vuelta para mirar a Tiki Tiki, porque nunca nos acordamos de su apellido, y no estamos acostumbrados a que lo llamen así. Y después al unísono observamos con preocupación a los mellizos: temíamos que los pedos de los Robles ofendieran a las ranas y arruinaran el experimen-

to, o que la nube tóxica nos alcanzara a nosotros, y otra que Hiroshima.

—Muy bien —exclamó la señora Marga—, primero van a agarrar con cuidado una de las ranas, la van a meter en el frasco y con el algodón presionan sobre la cabecita hasta que se quede dormida —mientras lo explicaba, ella también lo hacía, como una demostración de magia. La Hechicera Marga mostraba el truco con destreza y precisión, y los aprendices la seguían torpemente. Los dedos de los chicos se resbalaban un poco adentro de la pecera, y las ranas los esquivaban, excitadas.

Los Robles daban risotadas y se codeaban, divertidos. Tiki Tiki desplegaba su encantamiento: pretendía ser "El Gran Diseccionador de la Ocho".

La señora Marga repartía los instrumentos y comentaba los detalles del experimento.

Tiki Tiki y los Robles lograron atrapar cada uno su rana de la pecera, meterla en el frasco y adormecerla con el líquido elemento. Desde los tiempos de la Bella Durmiente, que se echó una siesta de cien años, no se veía a un ser viviente dormir a pata ancha, literalmente, como aquellas dos ranitas, que se quedaron tiesas en unos pocos segundos. Así, siguiendo las instrucciones de la señora Marga, agarraron cada uno el cuerpo inerte, lo pu-

sieron sobre una plancha de corcho, y le clavaron las patitas para que no se moviera de allí.

La Rana Durmiente, estaqueada, clavos en sus cuatro extremidades, como Cristo en la cruz. La Rana Durmiente, abierta de piernas con aires de bailarina. El escalpelo pinchaba, pero la piel resbalosa no dejaba abrir con facilidad el corte en la panza. Insistía, insistía, hasta que salió la gota de líquido, sangre oscura sobre la superficie blanca. Abrió el tajo mientras tan quietita ella se dejaba entrar, hasta el cogote abrió el filo, como una boca enorme, gritando su silencioso dolor. Pero algo le latía todavía adentro.

Marga nos advirtió que las ranas podían moverse aun después de que desaparecieran sus signos vitales, como un acto reflejo. Recordé que Oma me había contado una vez que en su pueblo les cortaban la cabeza a las gallinas para matarlas, y algunas salían caminando. Pensé en la imagen de esas gallinas descabezadas, corriendo sin sentido en un acto desesperado, y me pareció que en cualquier momento Ranita Durmiente iba a saltar de la mesa con la panza abierta y se pondría a andar como el jinete sin cabeza. La punta seguía abriendo y separaba en dos la piel del vientre. Ahora sí todo su interior estaba a la vista. Entonces,



algo negro y redondo salió, corazón tal vez, tripas, estómago, hígado, vísceras, mientras seguía escarbando el cortante instrumento. Movimientos reflejos, algo de vida o humanidad antes del momento final.

Tiki Tiki disfrutaba como un cocinero experto que estuviese preparando su plato especial. Los Robles, un poco pálidos, ya no se reían como al comienzo, titubeaban, manipulando el bisturí con un ligero temblor en el pulso.

La mayoría estaba en silencio, presenciando con estupor el accionar de Marga y sus discípulos. Las Chicas Fantasma, con ojos brillantes, sonreían mostrando sus colmillos filosos. Los pibes del Fortín azuzaban a Tiki Tiki con consignas impropias de un experimento científico. Anita y Gabi lloraban tomadas de la mano. Andrea pidió permiso para ir a vomitar al baño; la siguió Martita Limárquez, tan blanca que transparentaba. El gordo Lolo picaba un poco de su sánguche de salame, tal vez la contemplación de las ranitas le daba nervios. El Gurí Goiti dormía en la silla más alejada, sin importarle nada de nada. Yo no podía sacarles los ojos a los cuerpitos clavados. La Pepa aprovechaba el tiempo corrigiendo unos trabajos, sentada un poco distante de la mesa de operaciones;

ella es delicada del corazón, así que se ahorraba el espectáculo.

La voz de Marga explicaba sin inmutarse los pasos seguidos: clavar el bisturí, abrir el extremo inferior del vientre, separar en dos la piel, ahora examinamos los órganos internos... etcétera.

Yo pensaba en las Ranitas Durmientes y en su triste final.